

La violencia en los barrios

Quisiéramos empezar recordando que en los barrios vive gente. Que los barrios no son unas costras horribles que les nacen a los cerros, ni unos pesebres encantadores que brotan con la noche. En los barrios vive la mayor parte de la población urbana. Y no viven allí porque es su gusto sino porque no hay para ellos sitio en la ciudad. Y no viven así porque quieren sino porque, a pesar de tantos esfuerzos, no logran que su medio ambiente y sus condiciones de vida cambien sustancialmente. Y sin embargo por más que uno viva en un barrio y aunque haya nacido allí, nunca acaba de acostumbrarse a las infinitas escaleras, a los charcos o al polvero, a la falta de agua, a los trastornos de luz que funden los aparatos eléctricos, a la incomodidad de los "yises" y a lo caro que están, a que la comida que le venden en la bodeguita sea de peor calidad y más cara que la del supermercado, a lo lejos que está el trabajo y al tiempo y la plata que se le va en el transporte, al ranchito que nunca se acaba de parapetear, a las malditas goteras y al miedo de que en plena tormenta se venga la casa abajo, a las aguas negras, a los gritos de los vecinos y la bulla de todos los aparatos del vecindario, a la imposibilidad de tener un poco de vida privada porque se oye todo y casi también se ve, a que la escuela no funcione porque no la acabaron de reparar o no vino la maestra, a que el hospital quede tan lejos en caso de una emergencia y sobre todo a ver tantas cosas en televisión y no poder poseer ninguna... La gente de los barrios nunca se acostumbra al hambre, a la falta de trabajo estable, a la carencia de servicios, sobre todo la salud y la educación. A la gente de los barrios le duele sobre todo la falta de respeto, el abandono en que los tienen, las palabras vacías que les dicen los políticos, el que no tengan a dónde acudir ni a quién reclamar. Les duele la explotación de siempre, pero duele todavía más la completa marginación de hoy.

Todo esto le sucede a gente como usted y como yo. Y de ahí, la angustia, el vivir con el alma en vilo, con una presión insoportable que torna la psicología inestable, propicia a caer en la agresividad o el desaliento. Gracias a Dios, hay gente que saca fuerzas de la debilidad y mantiene la dignidad y aguja la creatividad y crece y madura o que se rehace una y otra vez hasta lograr una cierta solidez que da estabilidad para afrontar las dificultades afirmativamente. Y así, en medio de tanta negación de todo, en el barrio hay también vida humana. Pero es precisamente esta gente digna la que más sufre por tanta privación injusta, por tanta falta de respeto, por tanto abandono.

Vivir así es vivir en agonía, es decir en lucha continua contra la muerte, una lucha desigual e interminable, gracias a la cual se vive, pero que va minando. Aunque mientras tanto, se va viviendo. Mientras haya salud, dice la gente; aunque cuando viene la enfermedad, se sigue luchando y se dice: mientras haya vida. Porque se quiere vivir.

LA NUEVA VIOLENCIA DESCORAZONA A LA GENTE

Por eso la novedad de estos últimos años, sobre todo del último, ha golpeado tan duro. Porque lo que ha sucedido últimamente es un incremento brusco, cuantitativo y cualitativo, de la violencia. Proliferan los asaltos. Pero ahora son muchas veces gentes del propio barrio, sobre todo muchachitos, y son asaltos ciegos, sin ninguna consideración, que por eso degeneran con frecuencia en hechos de sangre. Y la violencia se muerde la cola y las bandas pelean entre sí, y entre ajustes de cuentas y la intervención de la policía acaban matándose todos; pero mientras tanto han sembrado el vecindario de cadáveres. Un malandro de los de antes no asalta al propio barrio. Un muchachito de ahora desvalija su escuela, asalta a la madrina, al cura y hasta a María y José y al Niño Jesús se llevarían por delante, porque no saben lo que hacen.

Esto es lo que hoy más padece el barrio, lo que lo tiene descorazonado porque va contra lo que considera más sagrado y porque no se lo explica. Ha pasado tan rápido y es tan recio y con tanta impunidad que la gente está sobrecogida y se retrae. A la gente del barrio le gusta la calle. Pero en estas condiciones no hay lugar para el comadreo, ni para sentarse en la esquina a tomarse una cervecita, menos aún para hacer convocatorias y asistir a reuniones. Lo malo es que tampoco la casa es segura, no sólo que la pueden asaltar con facilidad a pesar de las rejas sino que las balas atraviesan las paredes o entran por las ventanas, y la víctima de una balacera puede ser una muchacha que está estudiando en su casa o el niño en su cuna o la mamá en la batea.

Y lo trágico es que no hay dónde acudir porque la policía ha abandonado los barrios. Y como no está presente en ellos, entra a ellos como a territorio enemigo, a tiro limpio y haciendo destrozos, golpeando y humillando ya que todo varón es sospechoso, peinando zonas en batidas de película que dan como fruto redadas masivas... El abandono del Estado llega hasta ese punto cero de dejar a la gente popular a merced del fuego cruzado de malandros y policías que los atemorizan por igual y que además mantienen entre sí vínculos muy claros de connivencia (Cf. SIC 496 (jun. 1987) 242-43).

O SERVICIOS POPULARES O VIOLENCIA UNIVERSAL

¿Cómo se ha llegado a esta situación y adónde conducirá? Creemos que la causa fundamental sería la manera cómo se ha venido predicando e implementado el neoliberalismo. Por una parte, el abandono del Estado, que ha conducido al deterioro sistemático y galopante de los servicios, sobre todo la salud, la educación, el agua y la vialidad y el transporte; y por otra, esa prédica sistemática del individualismo insolidario como camino para llegar, sea por capacitación sea por arribismo, a la posesión

de las marcas publicitadas como fuente del valor y la vida. Si a la juventud de los barrios se le cierran todos los caminos de posesión "honorable" del mundo que se muestra en los comerciales de la televisión y se machaca como única prédica que sólo esa posesión da felicidad y prestigio, no pueden extrañar esas respuestas. Pero esas respuestas son posibles por gente que no es del barrio y va a él repartiendo armas y dinero para que distribuyan drogas o les proporcionan carros...

Está de moda despotricar contra el populismo, y es cierto que su limitación y sus crecientes deformaciones lo volvieron un callejón sin salida; pero también es inocultable la relación entre el abandono de esas políticas para abrazar el neoliberalismo y el dispararse la frustración y la violencia. La esperanza de nuestro pueblo se afincaba en que el Estado tomaba en serio el mandato constitucional de favorecerlo mediante la prestación de servicios, porque fundamentalmente el pueblo esperaba que con esa ayuda podría salir de la miseria, capacitarse y lograr un mínimo de estabilidad, de modo que, teniendo cubierta la subsistencia, pudiera pensar en un mañana mejor y sacrificarse para conseguirlo. Por este camino estrecho, exigente, larguísimo, pero viable transitaba la mayor parte del pueblo venezolano. Y la esperanza hacía tragarse dolores, sufrimientos y frustraciones, porque el futuro abierto en el horizonte daba sentido al esfuerzo. Esta esperanza es la que se ha quebrado, la que asesinaron. Y la consecuencia es la violencia desatada, que no ha hecho más que comenzar. Primero la mataron los empresarios y políticos que crearon una red de complicidades para vivir del privilegio y así acabaron con el dinamismo del sistema. El clientelismo de los políticos, el gremialismo de sindicatos de trabajadores y profesionales, y el rentismo empresarial empantanaron al país. Pero el modo unilateral de desatascarlo remató la esperanza del pueblo al cambiar la función del Estado para ponerlo al servicio exclusivo de los que tienen ventajas comparativas.

No estamos en la Venezuela postpetrolera. El Estado venezolano no vive, como la mayoría de los Estados, de las contribuciones de sus asociados, sigue viviendo del petróleo. Y doce mil millones de dólares sigue siendo una suma muy importante. La diferencia es que ese dinero se desagua para satisfacer los nuevos y viejos privilegios, y así ciertamente que no

llega para dotar al pueblo de servicios dignos. Es impostergable un cambio estructural para quebrar los feudos atascados en los gremios de educación y salud, y para acabar con las prebendas de empresarios rentistas, y en este punto la sinceración que proclama el neoliberalismo debe ser apoyada y si no se lleva a cabo esta reforma no hay presupuesto en el mundo que alcance (Cf. SIC 516, jul. 1989, pp. 244-45); pero estamos en contra de que se abandone la salud, la educación y los servicios populares: a eso deben ir, por imperativos de justicia y eficiencia, gran parte de los recursos petroleros. Los paliativos que se implementan actualmente no pueden sustituir a la prestación de servicios populares dignos y asequibles.

AUN ESTAMOS A TIEMPO

Todavía la abrumadora mayoría de los pobladores de los barrios sufre la violencia como un quiste en un organismo sano. Pero, si no se pone remedio pronto, de modo que la esperanza renazca en la juventud, se crearán redes de complicidades, porque la violencia se habrá convertido para muchas familias en el modo estable de acceder a los recursos vitales y entonces será muy difícil erradicarla. Será una lucha interna en el barrio, cuando hoy todavía puede ser una lucha de todos para rehabilitar a los jóvenes que han caído en extravío y para quebrar al crimen organizado que va al barrio a reclutar víctimas que le hagan el trabajo sucio (Cfr. "Dictar clases mientras la violencia es maestra", de Allana González, en la sección Documentos). Pero esto no se hará con paliativos sino con políticas masivas y sistemáticas que puedan ser fuente de esperanza fundada.

Sin embargo estas políticas no bastan. Es necesario desistir de esa prédica soez del consumismo como única fuente de valor, esa prédica que tiene a la gente digna agazapada, con impresión de vivir fuera de tiempo, en casa ajena. Es responsabilidad de las instituciones y de los ciudadanos manifestar la propia postura, no plegarse a esa dictadura de la propaganda de los medios masivos y manifestar, sin cruzadas agresivas, sino con la sinceridad de la vida, el apego al respeto, a la creatividad, a la solidaridad, a la honradez como coordenadas de la vida, no sólo privada e individual sino como valores cultivados en común y compartidos.

Amigos suscriptores:

- *la suscripción para 1991 es de Bs. 600*
- *el número suelto se venderá a Bs. 60 a partir de enero*
- *les agradeceremos que cancelen pronto su suscripción; es una colaboración suya que necesitamos*
- *les deseamos en esta Navidad el gozo y la paz de Belén*